

"No debemos admitir la ley de las armas", dijo el sacerdote en el funeral.

"Me estaban esperando y me han matado", exclamó José Artola al caer herido

Anzuola. (DV).—En la parroquia de Nuestra Señora de la Piedad de esta localidad se celebró ayer a las siete de la tarde el funeral por don **José Artola**, fallecido la noche anterior víctima de atentado.

La comitiva fúnebre partió de la casa del señor Artola a la que a últimas horas del martes había sido trasladado su cadáver desde el Centro de Urgencias de Vergara, y el duelo familiar estaba presidido por su viuda **Maria Arribabalaga** y sus hijos **José Ricardo** y **Rosa Mari**.

Durante el trayecto se sumó al cortejo fúnebre la viuda de don **Luis Candendo**, muerto el 8 de noviembre en el mismo lugar donde anteayer cayó mortalmente herido el señor Artola.

El funeral fue oficiado por el párroco de Anzuola, don **Tomás Madinabeitia** y asistieron a él entre 400 a 500 personas.

El oficiante, antes de la misa, dirigió unas palabras en euskera y castellano diciendo que «la muerte de un hermano vuelve a reunirnos en la parroquia en un acto de oración a cuantos profesamos la fe de Dios que respeta a sus hermanos». Dijo más adelante que «esta fe nos tiene que hacer vivir en el amor al prójimo, denunciando el odio y la injusticia».

El sacerdote dijo también que «no debemos admitir la ley de las armas sino que debemos contribuir a formar una sociedad llena de amor y de paz».

Terminado el funeral, el féretro conteniendo los restos mortales del señor Artola fue sacado a hombros de sus amigos hasta el furgón fúnebre que partió, inmediatamente hasta el cementerio de esta localidad. Seguían al féretro dos coronas, una de sus familiares y otra de la sociedad a la que pertenecía el finado, Sociedad Trekutz.

Una vez en el cementerio le fue practicada la autopsia al cadáver.

Por expreso deseo de la familia y del párroco de la localidad no se

permitió que la Prensa obtuviera fotografías del sepelio.

Más detalles sobre el atentado

El coche Seat 124, azul claro SS-87.915 utilizado por los autores del atentado, fue robado a punta de pistola a las 8 de la noche frente al número 4 de la calle Churruca, en Zumárraga, cuando su propietario, **José Luis Idiáquez Lizarralde**, de 33 años (conocido pelotari en el campo aficionado) se disponía a aparcarlo junto a su domicilio.

Se le acercaron dos jóvenes vestidos con chubasqueros y con las capuchas puestas sobre la cabeza pues en aquellos momentos llovía con intensidad. Uno de ellos esgrimió una pistola al tiempo que decían que aquello no era una broma —como en principio les había insinuado José Luis Idiáquez— obligándole a tomar el volante, colocándose uno junto a él y otro en el asiento posterior. Ambos eran jóvenes, calculándose sus edades entre 22 y 26 años.

Según ha podido saber D.V., Idiáquez trató de convencerles del mal estado de su coche, pues la dirección se iba a un lado y la rueda delantera derecha estaba totalmente picada. «Además —les dijo— el depósito no tiene gasolina ni para 15 kilómetros». Al conocer esta última circunstancia, los dos jóvenes le obligaron a José Luis a conducir el coche hasta una estación de servicio donde repostó por importe de mil pesetas. Continuó luego Idiáquez al volante y al llegar al cruce de Zumárraga-Legazpia-Vergara, dieron los secuestradores la sensación de obligarle a ir por un camino vecinal. Fue entonces cuando el propietario del vehículo les pidió que ante la inclemencia del tiempo no le dejaran atado en el bosque y los dos jóvenes optaron por meterlo en el portamaletas para lo que tiraron dos latas

de aceite vacías a fin de que tuviera más espacio.

En esta situación recuerda José Luis Idiáquez que anduvo durante largo rato hasta que le llegó un agarrotamiento de músculos en una pierna.

Desde su cautiverio del portamaletas gritó a sus secuestradores diciéndoles su situación de dolor en la pierna. Una vez parado el coche y abierto el capot, Idiáquez salió de él para hacer algunas flexiones, pero momentos después se vieron a lo lejos las luces de un camión por lo que fue obligado a meterse rápidamente en el portamaletas. El haz de luz despedido por el camión hizo situarse al secuestrado para saber que estaba en las proximidades de Anzuola.

Nuevamente en marcha, él cree que dieron varias vueltas al pueblo hasta que oyó los disparos. «Fueron cinco o seis, no lo puedo concretar —manifestaba ayer— y todos se hicieron sobre la marcha, sin parar un solo momento el coche».

Recuerda que después fue el coche a gran velocidad hasta que a los pocos minutos se paró. Trató con todos los medios a su alcance de forzar el capot para librarse de su encierro y lo consiguió sobre las once menos cuarto de la noche. Se encontraba en el aparcamiento particular de la textil Movilla, en Vergara y lo primero que hizo fue ir a un bar del barrio de San Antonio donde se encontró con un amigo y dio parte de lo ocurrido.

Últimas palabras de la víctima

Por otra parte, nuestro periódico ha podido conocer más detalles del suceso a través de **Eliseo García**, un vecino de la calle de la Antigua, en Anzuola, que es quien trasladó a la víctima José Artola hasta el servicio de urgencias de Vergara.

José Artola, se dirigía a su do-



Lugar en que se cometió el atentado contra el señor Artola y donde hace dos meses y medio cayó muerto también Luis Candendo. La víctima pasaba junto al Simca 1000 de la derecha

micilio en compañía de Luis Andollu, de 70 años, cuando al llegar a la altura donde en noviembre fue muerto su amigo Luis Candendo, se les acercó un coche del que salieron varios disparos de pistola. Uno de ellos hizo blanco en el cuerpo del señor Artola, en tanto que los demás tiros dieron en el Simca 1.000 SS-86054 que se encontraba aparcado al borde de la carretera.

Auxiliado por unos vecinos, José Artola fue introducido en el coche de Eliseo García. «Me estaban esperando y me han matado. Llevadme a algún sitio», decía la víctima.

La primera intención fue el traslado al Centro Asistencial de Mondragón pero la víctima diría: «Será mejor que me llevéis a Vergara porque está más cerca y me encuentro muy mal; me duele mucho». Pero pocos minutos después decía el herido que ya no te-

nía ningún dolor y que lo único que sentía entonces era que se estaba quedando ciego.

Durante el traslado hasta Vergara, José Artola repetía con frecuencia «me han disparado desde un 131 verde» y «me han matado a quemarropa». En cuanto a ese que decía «131» ya ha quedado claro más arriba que el atentado fue a bordo de un 124 azul claro, aunque con cierta tonalidad ver-dosa a la luz artificial.

En el momento en que era sacado del coche y depositado en una camilla para ingresar en el centro de urgencia dijo el señor Artola a sus acompañantes: «No me duele absolutamente nada, pero levantadme de aquí, que me ahogo».

Como ya informábamos ayer, el señor Artola murió a los pocos minutos de ingresar en el centro sanitario.